

Eugenia Viteri y su ambición

Solange Rodríguez Pappe

177

El 21 de septiembre del año 2023, a los noventa y cinco años, moriría en Quito la narradora, dramaturga, antologadora y docente Eugenia Viteri. Ella misma sintetizaría su existencia pública, siempre activa, siempre diligente, en dos frases que constan en una entrevista dada a la revista *Kipus*, de la Universidad Andina Simón Bolívar, en 2007: «No cambiaría nada de mi vida» y después, «Pedro Jorge me espera». En esta última línea, Viteri evoca la larga relación que mantuvo con el también escritor Pedro Jorge Vera, a quien ella había dedicado buena parte de su obra como autora de relatos y compiladora de historias breves.

Fue pionera en casi todo, con la certeza de que el lenguaje sería su vida y su trabajo, desde que era una criatura que recortaba poemas y los memorizaba para apropiarse de esas frases que le resultaban extrañas y atrayentes. No eran suyas, pero cuando pasaba al frente a recitarlas y las repetía, llena de emoción, le pertenecían un poco. Con

el tiempo y el oficio, supo que había venido al mundo para expresarse, le gustaban el teatro, la enseñanza y la filosofía.

En la década del cincuenta, tiempo en el que se vivía con fervor el pensamiento comprometido del socialismo, Eugenia sintió que a más de ser como los otros jóvenes universitarios que repasaban la obra de la generación del treinta como si se tratara de un manual de lucha, ella misma debía hacer algo con voz propia, así que empezó a crear cuentos; de este tiempo datan relatos que recibirían distinciones académicas y luego formarían parte de su primera libro publicado en 1955, *El anillo*; el cuento así titulado es una pieza breve en la que la narradora ya muestra sus preocupaciones por una sociedad en la que la mujer era una mera pieza de servicio y de placer.

178

Afianzada la relación sentimental con Pedro Jorge Vera, empezaría el periplo de viajes por Cuba, por Chile y el exilio. Países donde ambos cómplices reiteraron su afecto por la izquierda y volvieron acción su pensamiento de solidaridad colectiva. Allí la vida intelectual de la autora se potenció con las relaciones mantenidas con intelectuales como Nicolás Guillén y Pablo Neruda. En la isla, Eugenia concibe la novela *A noventa millas, solamente*, la distancia entre Cuba y Miami, y sigue escribiendo cuentos con un estilo emotivo, simple y directo, para que lleguen a un público llano. Son historias que hablan de personajes soñadores que escapan de una realidad opresiva por medio de lo que fantasean.

En 1984 sorprende con una novela de abierta sexualidad desde la mirada de una de sus protagonistas, cuyas páginas ayudarían a constituir mujeres reales con necesidades y deseos. *Alcobas negras* toca temas inéditos hasta ese entonces para las plumas femeninas, como la excesiva importancia dada a la virginidad, las enfermedades venéreas y la redención en la figura de una prostituta que busca un destino diferente para su hija.

Una vez que retornan a Ecuador, Eugenia Viteri se dedica a la docencia, profesión que ejercería, con entrega y entusiasmo,

debido a que pensaba que la juventud era la única posibilidad para cambiar el futuro.

Justamente es por su afecto por los estudiantes que, en 1987, Eugenia Viteri emprendería una tarea borgeana: crear la antología de cuento más enorme que Ecuador hubiera conocido. Partiría por las primeras incursiones en el artículo de costumbres e iría actualizando esa antología. De hecho, las variadas ediciones van incorporando, cada vez, nuevos nombres. Así fue sumando los aportes de los grupos del realismo urbano; luego, las narraciones del grupo de mujeres guayaquileñas del año 89 y, posteriormente, en la década del año 2000, adicionaría las incursiones donde la imaginación rompería el borde de la realidad.

La intención inicial de esta antología fue didáctica. Viteri creía en el cuento como un género de propagación e intuía muy bien. Así, salvo en la edición del año 2016, las historias tienen, luego de su transcripción, algunas preguntas de comprensión lectora que apoyarían la tarea docente. Realizar un recorrido por la *Antología básica del cuento ecuatoriano*, de Eugenia Viteri, es un divertimento: la recopiladora se da los modos de cambiar de autores, cambia los cuentos que una vez seleccionó por otros nuevos, suma mujeres y quita voces masculinas, añade poéticas, glosarios y prólogos. Finalmente, en la edición XIV del año 2016, cierra el último tomo de su obra enorme con ochenta cuentistas. Nada tan colosal ha habido hasta este momento en el país.

Se ha ido Eugenia, quien, a diferencia de su compañero de vida, creía con optimismo en un Dios amoroso que idearía un espacio más cabal para todos, un Dios realmente equitativo. Nos deja una producción que mezcló creencias de mujer justiciera con habilidad para el arte literario. Queda en sus fotos de solapa el retrato de una mujer bellamente apacible que mira sonriente hacia el futuro con el temple de quien sabe que ha hecho textos eficientes y de gran alcance. Los cuentistas del Ecuador agradecemos su ambición.

Solange Rodríguez Pappé

Guayaquil, 1976. Narradora y académica. Ganadora de los premios nacionales Joaquín Gallegos Lara y Matilde Hidalgo de Prócel por su carrera literaria y docente. Entre sus varios títulos constan las publicaciones *La primera vez que vi un fantasma*, de Editorial Candaya (2018) y *Un mundo raro*, de In Limbo ediciones (2021). Coordina en Ecuador las jornadas «Es país para cuentistas», donde se conversa sobre este género y se lo difunde.